

y bondad son infinitas, damos gracias á vuestra dulcísima majestad por los beneficios de que nos ha colmado; perseverando en invocar vuestra clemencia, nos habeis concedido las gracias pedidas; no nos abandoneis, y dignaos disponernos para gozar de las recompensas que nos teneis destinadas... » *Así sea*, responde el pueblo. ¿No hay en esta simple frase un acto de agradecimiento? ¿No significa: « ¡Oh, sí, Señor! os damos gracias por habernos atendido?... » ¡Ah, hermanos míos! vuelvo á esas peregrinaciones, á esas grandes manifestaciones religiosas que son la alegría de los corazones cristianos, que serán la gloria de nuestra época. Manifestaciones admirables, opuestas á esos alaridos callejeros que, con harta frecuencia, turban la tranquilidad de nuestras ciudades. Después de las gracias obtenidas, después de haber sido testigos de muchas curaciones maravillosas, reúne la multitud en el santuario, entre las aclamaciones que preceden á la partida (también las hay que expresan su reconocimiento); una voz grita: « ¡Bendito, alabado y glorificado sea por sus beneficios el Señor Dios de nuestros padres! — ¡*Así sea!* responde la multitud. — « Bendigan nuestras almas al Señor y guarden un recuerdo imperecedero de sus beneficios. » — « *Así sea* » vuelven á contestar los peregrinos... ¿Me he explicado bien, hermanos míos muy amados? ¿Os he hecho comprender bien cómo estas palabras *amen, así sea*, pronunciadas con fé, eran en cierto modo el resumen de vuestras oraciones? Lo encontráis al fin de la Salutación angélica. Cuando habeis suplicado á la Virgen María que ruegue por vosotros ahora y en la hora de vuestra muerte, decís: *así sea*. Acabais de recitar el Símbolo, habeis hecho un acto de fé, y habeis terminado con esta frase *así sea*, como si hubieseis dicho: « Hacedme la gracia, Dios mio, de que crea todas estas verdades con toda la energía de mi alma. » Estas mismas palabras terminan el acto de renovación de las promesas del bautismo: Renuncio con todo mi corazón á Satanás, á sus obras, á sus pompas; quiero vivir y morir únicamente por Jesucristo; y añadís: *amen, así sea*, para atestiguar vuestro agradecimiento hácia Dios que os libró de la mancha original y para protestar de que quereis serle fieles para siempre jamás.

PERORACIÓN. — ¡Cuán grande, carísimos hermanos míos muy amados, es el amor de Dios para nosotros! ¡Cómo nos hace fácil la oración!

Si quisieramos comprender bien, veríamos que no se trata de ser rico ni de ser sabios para serle agradables; buen corazón, ved ahí lo que reclama. Especialmente en la oración pública, puede el más ignorante hacersele agradable; le basta asociarse á los sentimientos expresados por la Iglesia santa, le basta repetir con atención y fé esta simple frase: *amen, así sea*. Dios mio, yo me uno á los sentimientos expresados en las oraciones públicas; ignoro el idioma empleado por la Iglesia, pero vos sí que lo comprendéis; cual ella os adora, os adoro yo; lo que ella pide para mí, lo pido yo; lo que ella desea, lo deseo yo; lo que de vos se solicita en estas santas oraciones que se os dirijen, también yo lo solicito; ella os adora, *así sea*; ella os pide perdón por los pecados de sus hijos, *así sea*; ella reclama para mí, pobre pecador, indulgencia, misericordia perdón, *así sea*; ella os suplica que nos concedais á todos una morada allá arriba en vuestro paraíso... ¡Oh! nuevamente lo repito, ¡*así sea!*

INSTRUCCION DECIMOSEPTIMA.

EL AVE MARIA.

INSTRUCCION PRIMERA.

SALUTACION DEL ARCANGEL A MARIA.

TEXTO. — *Cogitabat qualis esset ista salutatio..* Pensaba ella cuál podía ser aquella salutación.

(SAN LUCAS, CAP. I, VERS. 29).

EXORDIO. — Con el auxilio del cielo, hermanos míos muy amados, he podido levantar una punta del velo que oculta las magnificencias encerradas en la oración que el Salvador enseñó á sus apóstoles. Os he

proporcionado explicaciones detalladas sobre las diversas peticiones del *Padre nuestro*; me he dirigido menos á vuestra inteligencia que á vuestro corazón; he procurado hacer brotar en él las llamas de un amor lleno de respetuosa gratitud para con ese Dios que se ocupa de cada uno de nosotros, como si estuviese solo en este mundo. Me he complacido en repetiros cuánto merece el Señor nuestros homenajes; me he esforzado en penetrar vuestra alma de una confianza ilimitada en la bondad del Todopoderoso que no deja de atender tarde ó temprano las súplicas razonables, perseverantes y piadosas. Maravillados por los encantos del *Padre nuestro*, habeis resuelto decirlo con creciente fervor. Os felicito por una determinación tan cristiana, y os invito á que persistais en una costumbre tan loable.

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Pero hay otra oración, que no debería separarse en nuestra estimación y en nuestra ternura, de la de que os acabo de hablar, y es una verdadera dicha para mí el mostraros su excelencia y su suavidad.

INVOCACIÓN. — ¡ Oh clemente! ¡ oh misericordiosa! ¡ oh dulcísima María! Dignaos hacer elocuente al predicador y atento al auditorio, para que los malos se corrijan, los buenos se hagan mejores, y unos y otros os saluden lo más frecuente y dignamente posible durante su vida toda entera. Ésta es la resolución que me propongo hacer adoptar á vuestros hijos que vendrán á escuchar mis humildes discursos sobre la salutación angélica. ¡ Oh María! os lo suplico, dignaos inspirarnos este santo proposito y ayudarnos á cumplirlo y tendremos asegurada nuestra suerte eterna. — *Ave Maria*.

Primera parte. — Carísimos hermanos, cuando yo hago á mis discípulos del catecismo la siguiente pregunta: « ¿Cuál es, después de la oración dominical, la plegaria más usada y venerada entre los fieles? » vuestros hijos me contestan, como lo hicisteis vosotros mismos en otro tiempo: « Es una oración que se dirige á la santísima Virgen, y que se llama el *Ave María* ó la Salutación angélica. »

Vais á ver, hermanos míos, como esta respuesta no esta desprovista de sentido, sino por el contrario muy acertada. Sí, la oración que nosotros enviamos como prenda de veneración profunda, de filial amor y de firme confianza, hasta al pié del trono de nuestra Madre que es-

tá en los cielos, esta oración es la más preciosa después del *Padre nuestro*; es como su hermana: voy más léjos todavía, y no vacilo en llamar á la Salutación angélica, Oración dominical, es decir, oración compuesta por el Señor. ¿ Se necesita más para demostrar su excelencia? Nó, indudablemente que nó. Pero imagino que desearéis estar seguros de que es realmente el Altísimo el autor de una fórmula tan agradable al oído y tan melosa para los lábios del verdadero cristiano, y voy á satisfacer este legítimo deseo.

De buenas á primeras se podría creer que Gabriel, Elisabet y la Iglesia, tuvieron parte solos en la redacción del *Ave Maria*; mas, por poco que se quiera reflexionar, se adquirirá la persuasión de que ellos no hicieron más, si puedo expresarme de este modo, no hicieron más que escribir bajo el dictado del Maestro del cielo y de la tierra. En efecto, el arcángel es el enviado del inmortal Rey de los siglos: ahora bien, un embajador, só pena de ser infiel á su misión, debe emplear el lenguaje prescrito por su soberano; por lo tanto no puede haber duda alguna de que, aquel príncipe de la córte divina transmitió exactamente á la Virgen de Nazareth las palabras del monarca de los cielos. « Yo te saludo, llena de gracia; el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres: *Ave, gratia plena; Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus* (1).

Poco después de esta gloriosa entrevista, María visitó á su prima. Al entrar en casa de Zacarías, nos afirma san Lucas que ella saludó á Isabel. En cuanto Isabel hubo oído la voz de María que la saludaba... sintió se llena del Espíritu Santo, y dijo á su parienta: « Bendito es el fruto de tu vientre: *Benedictus fructus ventris tui* (2). Acabais pues de oírlo, hermanos míos, el Eterno fué quien habló por boca de Isabel; ésta no fué más que el eco de las palabras que había hecho resonar en el fondo de su alma.

Finalmente Dios mismo es quien dictó estas otras palabras: « *Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc et in hora mor-*

(1) San Lucas, I, 29.

(2) San Lucas, I, 42.

tis nostræ. Amen. » Creo sin embargo oíros decir : «Nó, la Iglesia es quien se ha permitido añadirlas. » Lo reconozco con vosotros, amados hermanos míos, pero la Iglesia ¿ no está asistida por lo alto ? ¿ No obra en nombre de Jesucristo ? ¿ no se guía por su inspiración ? Entonces también Nuestro Señor Jesucristo es quien ha hablado por mediación de su Esposa.

De ahí este pasaje del glorioso san Francisco de Sales : « ; Oh santa Salutación ! ¡ oh auténticas alabanzas ! ¡ oh ricos y discretos honores ! El gran Dios los has dictado, un gran evangelista los ha anotado, toda la antigüedad los ha practicado y nuestros abuelos nos los han enseñado (1). »

« *Cogitabat qualis esset ista salutatio.* » Hermanos míos, ¿ hemos pensado alguna vez seriamente en lo que podía ser esta salutación ? ¿ hemos meditado bien alguna vez su excelencia ? En la manera como la mayor parte de nosotros la reza, nadie lo diría. Un obrero que trabaja el oro ó el diamante pone sumo cuidado en no deteriorar ó perder la más insignificante partícula ; sin contar con que su jefe, que le vigila, no dejaría de reprenderle seriamente, si le encontrase descuidado : « ; Desgraciado ! le diría. ¿ Con esta negligencia manejas metales de tanto valor ? Procura poner más atención y cuidado ; que no vuelva á sorprenderte en lo sucesivo, porque sinó te haré pagar tu descuido ó te despediré. »

Ahora bien, cristianos, las palabras del *Ave Maria* son, por decirlo así, perlas, y mucho más preciosas que las de este mundo, puesto que vienen del paraíso, como de ello os habeis podido convencer. ¡ Y nosotros osaríamos pretender que el Maestro celestial debería no solamente no castigarnos, sinó por el contrario recompensarnos, cuando nos ve á nosotros, los obreros de nuestra propia salvación, manipular con tanta dejadez los divinos rubíes de la Salutación angélica, es decir cuando nos oye que la tarareamos á toda prisa, sin muestra alguna de piedad, con perpétuas distracciones ! ¡ Ah, hermanos míos muy amados ! tomemos desde este momento, la firme resolución de decir la, nó únicamente con

(1) San Francisco de Sales, edición Vivès, t. V, pág. 215.

los lábios, sinó desde el fondo del corazón. ¡ Es tan preciosa ! ¡ es tan suave !

Segunda parte. — « Un valeroso y noble caballero, después de haber combatido por Dios y por la Virgen en las guerras santas de las Cruzadas, había venido á deponer su pesada armadura á la puerta de un monasterio de la orden de Citeaux, y solicitaba el honor de combatir desde aquel momento en las filas de aquella sagrada milicia. No siempre estaban juntas la nobleza y la ciencia en aquellos tiempos en que los hijos de los héroes firmaban sin leer, con la vaina de su espada.

Los monjes pues quisieron instruir bien al nuevo religioso en las sagradas Escrituras. Le fué dado por maestro un buen anciano que llenó con celo su piadoso deber. Pero el discípulo, después de esfuerzos los más constantes, de todas sus lecciones, pudo únicamente retener estas dos palabras latinas : *Ave Maria*. En ellas encontraba un indecible encanto y maravillosos significados.

Acostumbróse á repetir las con un placer siempre nuevo, de suerte que pasó el resto de su vida meditando aquellas dulces palabras. Algunos años después se durmió en la paz del Señor y fué enterrado en el cementerio del convento. Al día siguiente se vió que de su tumba había brotado un lirio de deslumbradora blancura. Encima de cada una de sus flores había, escritas en caracteres de oro, estas dos palabras : *Ave Maria*. Todos los religiosos acudieron para contemplar aquella maravilla. Abrióse la tumba, y se vió que las raíces del lirio estaban en la boca misma del buen caballero que tantas veces había pronunciado aquellas palabras de bendición. Con este milagro, Dios había querido mostrar que, habiendo sembrado en las bendiciones de Jesús y de María, había recojido bendiciones eternas en el cielo : « *Qui seminat in benedictionibus, de benedictionibus et metet* (1).

Este episodio histórico, hermanos míos, es más persuasivo que los más hábiles argumentos ; pero, lo digo con toda franqueza, un prodigio de esta naturaleza no me causa gran sorpresa. Dios, que no está sujeto al error ni á la mentira, nos asegura, por boca del Salmista, que sus palabras son más suaves al paladar que el panal de miel más exquisito : « *Super mel ori meo... dulciora super mel et favum* (2). » Y como os lo he demostrado en la primera parte de esta instruc-

(1) Grande Vie des Saints, edición Vivès, t. VIII, pág. 33.

(2) Salmos CXVIII, 103 y XVIII, 11.

ción, las palabras que componen el *Ave María* fueron inspiradas por el Altísimo mismo; no es pues sorprendente que las almas piadosas encuentren en ellas un olor que sobrepuja á todos los de la tierra.

¿Porqué la rosa es la reina de las flores? Porque sobrepuja á todas en olor de suavidad.

María, queridos hermanos míos, es la rosa mística. La Iglesia la designa bajo esta denominación, en las letanías que se ha complacido en componer en honor suyo. ¿Creéis que ha obrado sin motivo al llamar así á la santísima Virgen? Oh, nó! Antes bien ha querido mostrarnos que la Reina del cielo es inefablemente suave, y que el *Ave María*, dicho con fervor, exhala un perfume celestial en el alma creyente, y le da gusto para el servicio de Dios.

¿Quereis, cristianos, hacer de esto sin demora la saludable prueba? » *gustate et videte quoniam suavis est.* » Rezad sin precipitaros esta admirable oración; reflexionad uno ó dos segundos, si no sobre todas las palabras, á lo menos sobre cada frase; figuráos que estais en presencia de la Soberana divina que os escucha. Siguiendo este consejo, encontraréis en la repetición de la salutación del arcángel Gabriel, una alegría que no habeis experimentado aún; un consuelo, que jamás habeis probado; un sabor, que nunca hubierais sospechado.

Amados hermanos míos, en vez de entrar en algunas consideraciones tocante al *Ave María*, creo más provechoso para vosotros citaros un ejemplo, diferente del que os he referido ya, pero encaminado aproximadamente al mismo fin. Está referido por un misionero poderoso en obras y en palabras.

« Un gentilhomme, dice, de tan desaregladas costumbres como de nacimiento distinguido, se había acostumbrado á la crueldad y á las acciones más infames. Viviendo generalmente en el campo, habitaba una fortaleza construída sobre una peña; mandaba á sus gentes que robasen á todos los que pasaban por sus tierras, de suerte que se había hecho capitán de ladrones, y esparcía el terror por todos los alrededores. En medio de este desbordamiento de maldades, tenía sin embargo de bueno que, ni por todo el oro del mundo, habría dejado de rezar, ni un solo dia, un *Ave María* en honor de la Virgen santísima, procurando decirla con alguna devoción. Ahora bien, aconteció que un santo religioso, pasando por allí, cayó en poder de aquellos hombres,

que tenían por horrible oficio el de bandidos. No teniendo nada que perder, no se desanimó, y hasta dijo á aquellos miserables que le llevasen á la presencia de su amo, porque tenía asuntos muy importantes que comunicarle.

— « Señor, le dijo, en cuanto estuvo en su presencia, tengo de hablaros de una cosa sumamente grave; pero quiero que todas vuestras gentes estén reunidas delante de mí, porque lo que tengo que comunicaros no les es menos necesario que á vos.

El gentilhomme les hizo convocar inmediatamente; y cuando todos estuvieron reunidos: — ¿Ésta, preguntó el religioso, es toda vuestra gente? — Toda, contestó el noble. — Dispensad, replicó el monje, falta vuestro ayuda de cámara. — Teneis razón, padre; que se llame, y que venga inmediatamente. » Pero éste no quería entrar; fué menester llevarle á la fuerza, y volvía la cabeza de uno á otro lado como si estuviese frenético. — « ¿Quién eres tú? » exclamó con tono de autoridad el santo religioso; de parte de Dios te mando que declares aquí, delante de todos, quién eres tú. — No soy un hombre; soy un demonio. — ¿Porqué has permanecido tanto tiempo en la morada de este señor? — He permanecido catorce años, ocupado en servirle, para ver si, con mis ardides, podría hacerle omitir, aun cuando hubiese sido por un solo dia, el rezo del *Ave María*; porque si faltase á esta práctica, tenía orden de Dios de estrangularle y arrastrar conmigo su alma al infierno. » Dichas estas palabras, desapareció.

Postráronse entonces todos con la cara contra el suelo. El gentilhomme, más que todos, prorrumpió en sollozos, dió gracias á María por haberle librado del poder del demonio en cambio de un tan débil homenaje, cambió inmediatamente de vida, y se portó desde entonces como un excelente cristiano (1).

PERORACIÓN. — ¡Oh hermanos míos muy amados! este rasgo de misericordia de parte de la Virgen todopoderosa, por su intercesión, debe enternecernos hasta arrancarnos lágrimas, ha de darnos una elevada idea de la excelencia y suavidad de la salutación angélica. Un jefe de bandidos, hasta en los más fuertes de sus crímenes no perdía de vista esta dulce oración, y hacía de modo de rezarla con piedad. ¿Y nosotros, cristianos, tendríamos la osadía de omitirla un solo dia? ¿Las

(1) San Leonardo de Port-Maurice, *Serm. pour Mess.*, tomo II, edición Costerman, pág. 90.

encontraríamos insípida? No, divina María, no volverá á suceder desde hoy hacemos el santo propósito de repetiros, con el alma y lo más frecuentemente posible: « Dios te salve, María, llena de gracia, el Señor es contigo; bendita eres tú entre todas las mujeres y Jesús el fruto de tus entrañas, bendito es. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pobres pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte... » Así sea.

INSTRUCCION DECIMO OCTAVA.

EL AVE MARIA.

INSTRUCCION SEGUNDA.

SALUTACION DEL ARGANGEL A MARIA.

TEXTO. — *Cogitabat qualis esset ista salutatio...* Pensaba ella cuál podía ser aquella salutación.

(SAN LUCAS, CAP 1, VERS. 29.)

EXORDIO. — Hermanos míos muy amados; refiere un misionero que predicando en una ciudad de Francia, fué llamado á casa de un gran pecador anciano, cuya vida nada había tenido de edificante. Echó el viejo los brazos al cuello del hombre de Dios, diciéndole: « ¡Aquí teneis á un miserable, salva dme! » Le tranquilizó el misionero y le suplicó, para mayor gloria del Señor, que le explicase qué era lo que le había convertido: — « Lo ignoro, contestó el anciano. — ¿ Habéis asistido á las pláticas de la misión? — A ninguna. — ¿ Vuestros amigos os han aconsejado tal vez que volviereis á Dios? — No tal. — ¿ Ibais quizás á los oficios? — Jamás. » Los ojos del sacerdote fueron á fijarse en una imagen de la santísima Virgen. — « ¡Cómo! exclamó. ¡ Un cuadro semejante en vuestra casa! — Sí, padre, es lo único que he respetado, y recuerdo que cada día rezo un *Ave Maria* delante de esta imagen (1). »

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Esta historia de un pecador, para quien toda la religión se reasumía en el rezo de un *Ave Maria*, como última muestra de respeto á la santísima Virgen, me proporciona el plan y la distribución de un discurso, en el cual trataré, hermanos míos,

(1) Poussin, *Cat. hist.* tomo III, pág. 263.

de manifestaros el significado de la salutación y el derecho que María tiene á esta salutación.

INVOCACIÓN. — Madre Inmaculada de Jesucristo, dignaos rogar al Espíritu Santo que haga brillar en nuestra inteligencia un rayo de su luz, y en nuestro corazón una chispa de su amor, á fin de que podamos contemplar la verdad en todo su esplendor y nos guste de cumplir nuestro deber en toda su extensión. — *Ave Maria*.

Primera parte. — Amados hermanos míos, supongamos que vuestros hijos al despertarse se os presentan delante serios y mudos como unas estatuas de mármol; que en lugar de dirigiros una sola palabra ó de haceros un ligero saludo, ni tan siquiera se dignan halagaros con una sonrisa ú honraros con una mirada. ¿ No sería injusto afirmar que os demuestran cariño?.. ¡ Oh! sí.

Supongamos que unos feligreses encuentran á aquel que les fué dado para que les guíe en el camino del cielo, que derramó sobre su cabeza el agua de la regeneración, y que depositó sobre su lengua la hostia de la primera comunión; supongamos que pasan por el lado del enviado de Jesucristo, sin quitarse la gorra ni despegar los labios. ¿ Debe decirse que le injurían? Indudablemente.

Supongamos que un criado penetra en el cuarto de su señor y que no le da los buenos días; que un estudiante llega delante de su profesor y no se descubre; que un obrero se presenta á su amo sin saludarle; que un militar ve á su jefe, sin hacerle el saludo de ordenanza. ¿ No se debe reconocer que estos subordinados desprecian á sus superiores? Evidentemente que sí.

Cuando escribimos á personas hasta de muy mediana condición, no omitimos, por poco que conozcamos las conveniencias sociales, terminar la carta con un saludo más ó menos amable. Los romanos lo colocaban en el encabezamiento de sus misivas, como lo atestiguan las cartas de Plinio, pero su objeto era el mismo.

Todo esto, hermanos míos muy amados, ¿ no prueba que la intención de todo aquel que saluda á tal ó cual personaje es la de hacerle una demostración de honor ó de dependencia, de gratitud ó de sumisión, de confianza ó de amor?

Este uso, por lo demás, se remonta al principio del género humano,